

Y ver un espectro que extingue la llama,
 Satán rebelado que grita: ¡hasta aquí!
 ¡Oh! ¡Nunca! — responde la víctima — ¡Nunca!
 Quebraste mi diestra, ¡no importa, oh, Luzbel!
 El cuerpo es de barro... se hiende, se trunca...
 Aún tengo otro brazo y el alma está en él.
 Y entonces retrata su angustia secreta
 Labrando en el mármol la amarga verdad;
 Un sér que ambiciona llegar á la meta,
 No puede y se arrastra con honda ansiedad.
 Revela el conjunto su angustia sin nombre;
 Parece que intenta gritar: ¡Venceré!
 ¡Titánica lucha! ¡delirios del hombre!
 ¿Darán la victoria al genio y la fe?
 ¿El genio es luz viva? ¿la fe lumbre fatua?
 ¡Oh, artista! Tu numen lo ignoto exploró:
 Con sólo una mano labraste esa estatua
 Do eterna en el mármol tu historia quedó.
 Las grandes pasiones son ascuas que abrasan
 Y pronto en cenizas se torna el volcán;
 Los sueños más dulces son nubes y pasan;
 Las dichas son olas.... ¡cuán pronto se van!

V.

La frente espaciosa que el genio encendía;
 El dulce semblante de intensa expresión;
 Aquella mirada con rayos del día;
 El cuerpo de atleta.... ya muertos! ¿qué son?
 Detritos, miseria, cenizas, despojos,
 El negro problema del sér y el no ser;
 Ni sangre en las venas, ni luz en los ojos,
 Ni aliento en los labios.... ¡no hay nada de ayer!
 En torno del lecho los mudos testigos
 De aquella extinguida genial juventud,
 Y huérfanos, viuda, parientes, amigos,
 Guardando ante el muerto siniestra actitud.
 Ayer la elevada y estrecha boardilla
 Con techo plumizo que al sol nunca atrae,
 Que baña en las tardes la luz amarilla
 Y envuelve en las noches la nieve que cae.
 Más tarde el arribo, los áureos reflejos
 Del sol de sus padres; su hogar, su país;
 Y al fin el trabajo.... ¡dejando muy lejos
 La gran Babilonia llamada París!

Después las coronas que ofrece la gloria,
 Los triunfos que siempre su genio alcanzó,
 Y luego la muerte. ¡Qué breve es su historia!
 Artistas, ¿sois nobles? ¡honrad su memoria!
 Amigos, ¿sois buenos?, ¡sentid como yo!

EN HONOR DE NUESTROS DRAMATURGOS

A Juan A. Mateos, al coronarlo públicamente con el laurel de oro.

Cuántas veces mirando ó sintiendo
 Las negras borrascas que nublan la vida,
 Y que dejan, después que han pasado,
 Escombros que envuelven heladas cenizas,

Esas trombas que vuelcan la nave
 A tiempo que el nauta la costa divisa
 Y derraman tinieblas que sólo
 Un cárdeno rayo violento ilumina;

Cuántas veces sintiendo su estrago
 De pie sobre un yerto montón de ruinas
 He admirado á esos genios sublimes
 Que dan á la escena sus luchas más íntimas,

A esos buzos del alma que pueden
 Burlando las olas bajar á las simas,
 Despertando en los antros oscuros,
 A todos los odios y á todas las iras.

Explorar los infiernos ignotos
 Que las ciegas pasiones atizan,
 Y pintar, al fulgor del incendio,
 Las cosas que sienten, las cosas que miran

Sacudir á su antojo las almas,
 Si sufren, con llanto; si burlan, con risa,
 Y en los hondos problemas humanos
 La incógnita muda cambiar por la cifra!

¡Oh creadores augustos del drama!
 Os legaron su voz las sibilas
 Y lleváis la pasión á la escena
 Como un potro domado á la pista!

Fundó Atenas la escuela del pueblo
Donde Esquilón y Eurípides brillan;
Sus Euménides logran y Andrómaca
Conmover y ablandar la Justicia.

Mientras Pindaro, sueltas las alas,
A los cielos lo eleva la lírica,
Le disputan la eterna corona
Junto a Safo, Mirtide y Corinna.

La Tragedia, la amable tirana,
Dulce encanto del alma sumisa,
Nace y crece en el seno de Grecia
Y en Eurípides surge y culmina.

Esa helénica madre amamanta
La comedia graciosa y festiva
Que Epicarmo, Cratino y Eupoli
Con estilo sublime eternizan.

Aristófanes ¡Salve, oh maestro!
Le da forma, la pule y burila,
Y Menandro, con todas las gracias
Hasta el gran Parthenón maravilla.

¡Oh creadores augustos del drama!
Bajo el manto inmortal que os cobija
Yo me acerco y temblando de asombro
Besar puedo tan sólo la fimbria.

Cual vosotros, siguiendo el ejemplo
Que les disteis en pléyade olímpica,
En un mundo que nunca soñásteis
Y que Séneca ya presentía;

Otros genios ¡estrellas del arte!
Cuya gloria a mi Patria ilumina,
Conquistaron el alto renombre
Que el rodar de los siglos aviva.

¡Oh Juan Ruiz de Alarcón! ¡Oh poeta!
¡Quien te pueda medir que te mida!
¡Que Corneille tu «verdad sospechosa»
Refunda y se apropie con lengua distinta!

Tú encerrabas en cuerpo deforme
Un genio perfecto de estirpe divina;
Mas siempre ese genio radiante y hermoso
Nubló la calumnia, y el odio y la intriga.

A tu frente, de lauros cargada,
clavaron alevos punzantes espinas,
Y en tu tiempo, Alarcón, sólo pudo
Agrandar tu joroba la envidia!

Como España te cuenta en sus glorias
Y hace tuyas tu fama y tu vida,
Con orgullo llamámoste « nuestro »,
Porque al fin nuestra cuna es la misma.

Y tú, monja inmortal; tú, Sor Juana,
Casta virgen que el claustro marchita;
Cuyos ojos aun queman el lienzo
Con lumbre que irradian las negras pupilas

Convirtiendo en un Pindo tu celda,
Sin piedad a los hombres fustigas
Y al través de los siglos tus versos
No hay un labio que no los repita.

Al llamarte la décima musa
Tu siglo, tu inmenso valer justifica,
Que a las nueve que cuenta el Parnaso
Les faltaba una hermana tan linda!

Y tú, noble y heróico soldado,
Tú, modesto y sin par Gorostiza,
Te bastaba escribir « Don Dieguito »
Para hacer perdurables tus días;

No llenaste tan sólo la escena,
En España fué a honrarnos tu lira
Y soldado — te vió Churubusco
Batir frente a frente la hueste enemiga.

Calderón — el romántico bardo,
Que con mieles de Himeto escribía,
Retratando en dulcísimos versos
Las muertas venturas, las épocas idas.

Nuestros padres cantaron gozosos
Tu doliente canción de la *vida*
Que resuena en tu drama « El Torneo »
Cual hondo lamento del triste Isaias.

¡Y tú, el más desdichado de todos!
¡Oh, Rodríguez Galván! alma limpia
Que llevara primero a la escena
La historia del suelo que amó con fe viva.

¡Tú moriste en la flor de tus años!
 ¡Cuando todo ante ti sonreía!
 Fuiste humilde, inspirado, patriota;
 ¡Y el pueblo te aplaude, te quiere y te admira!

Y tú, Angélica, intérprete humana,
 De voces del cielo que al mundo cautivan,
 Me estremezco mirando tu busto
 Que yo fui á erigirlo con otros un día.

Le rendimos tributo á tu genio
 Oyendo tus notas, estando tú viva.
 « Es lisonja » — gritaron algunos;
 Hoy los mismos dirán: « Fué justicia ».

Han corrido los años y á veces,
 Cuando triste la tarde declina
 Y en el bosque sagrado de Anahuac
 Los indianos zenzontles se inspiran,

Una sombra se acerca y me dice:
 En los trinos que á tu alma cautivan
 ¿No ha dejado su voz la Peralta?
 Y mi alma extasiada responde: « es la misma ».

A todos la Patria les da la corona
 Formada con lauros y ramas de encina;
 La corona que Atenas llamaba
 De los inmortales emblema y divisa.

Al mirarte en el mármol tallada
 Recuerda mi pecho, sembrado de heridas,
 A tu egregio cantor que conmigo
 Regó tus altares con lágrimas íntimas.

¡Era Acuña! aquel niño sublime
 Enfermo de eterna mortal nostalgia,
 Que en una hora de angustia suprema,
 Sobre un lecho de rosas marchitas,

Ahogó él mismo en su labio el aliento,
 Cortó él mismo en sus venas la vida,
 Y su genio, creador de « El Pasado »,
 Trocó en astro y su cuerpo en cenizas.

Pienso en Cuenca; en su musa brillante
 Que en la escena irradió con luz viva
 Y encendió en « La Cadena de Hierro »
 De su nùmen la fe nunca extinta:

¡Cuenca! ¡Acuña! ¡Dormís en la sombra!
 Los tres fuimos tres almas unidas.
 ¡Nos amamos allá en esos tiempos
 En que embarga á los hombres la dicha!

¡Cuántos sueños de amor! ¡cuántas luchas!
 ¡Qué amistad fraternal y tranquila!
 Y caísteis al fondo del antro,
 Y emprendísteis la eterna partida.

Y yo, lleno de dudas, de canas,
 De dolor, de tristeza infinita,
 Quedo aquí como un cirio en la tumba,
 Quedo aquí como nave sin guía.

Y me aliento al cantar vuestras glorias
 Y sollozo al leer vuestras rimas,
 Y empapadas las hojas en llanto
 Os doy la corona que amásteis en vida.

Y tú, bardo y tribuno del pueblo,
 Dramaturgo, cantor, novelista,
 Que á las turbas alientas y mueves
 Y en las rostras hablando electrizas;

Tú que viste surgir á los hombres
 Que una Iliada con Juárez realizan,
 Y que altivo y luchando sin tregua
 Ya cumples diez lustros de rudas fatigas;

Ya bien puedes sentarte á la sombra
 Del árbol añoso que Agosto reanima
 A enarrar esos hechos que fueron
 De tu alma el encanto, la luz de tus días.

Allí están: « Sacerdote y Caudillo »,
 De nuestra epopeya las páginas vivas.
 Allí está « El Sol de Mayo », que guarda
 Del gran Zaragoza las glorias legítimas.

Y aun tu pluma está joven, y aun logra
 Tu palabra infundir fuego y vida,
 Y tu musa, entre lauros y palmas
 Versos áureos cual antes te inspira.

Sigue siempre ¡oh, cantor de tu pueblo!
 Con el nùmen radiante por guía
 Recogiendo en laureles y aplausos
 Tu mejor y más bella conquista!

Son los pueblos más cultos del mundo
Los pueblos que al docto pensar dignifican
Y á sus hombres de genio y de ciencia
Coronan y elevan, ensalzan y estiman.

No os sorprenda mirar que mi Patria
Honre, aplauda, levante y bendiga
A los genios que forman su orgullo.
¡Ya era tiempo de hacerles justicia!

Que este ejemplo lo imiten más tarde
Los que en pos de la gloria caminan:
Ya nosotros abrimos el surco
Y arrojamos en él la semilla.

Juventud que entusiasta contemplas
La ovación á los genios rendida,
Piensa en ellos mañana, mirando
Tanto sér coronado de espinas;

Piensa en ellos, probando los frutos
Que te dejan en obras eximias,
Y confiesa que es grande una patria
Que á sus genios sin par diviniza.

À ESPAÑA

Débil te juzgan muchos, noble España,
Porque de un golpe te arrancó la suerte
Las tierras en que hallaba estéril muerte
Cada Hércules nacido en tu montaña.

Y yo no pienso igual, y me acompaña
La convicción de que hoy eres más fuerte,
Pues no pierdes tu sangre ni se invierte
Tu erario en darle pan á gente extraña.

¿Qué encuentran hoy tus hijos en sus lares?
Ricas industrias, minas en bonanza,
Fecundas viñas, vastos olivares;

Y para no sentir rubor ni mengua
¡A dieciseis naciones tras los mares
Que adoran á Dios y hablan tu lengua!

EN HONOR DE ALTAMIRANO

Poesía leída en el salón de la Cámara de Diputados, al recibirse la urna
que contiene las cenizas del maestro Ignacio M. Altamirano.

Ya lo veis, gloria, talento,
Ciencia, franqueza, lealtad,
Ternura, pasión, bondad,
Patriotismo y sentimiento;
Todo lo que en un momento
El aplauso diviniza,
Lo que asombra y electriza
Los humanos corazones,
Es entre aquellos crespones
Un puñado de ceniza.

El entusiasmo, el afán
Que nuestra ilusión mantienen,
Decidme ¿de dónde vienen?
Responded ¿adónde van?
¿Cómo es brisa el huracán?
¿Cómo el activo está inerte?
¿Porqué tan débil el fuerte?
¿Porqué la elocuencia es muda?
¡No hay más guardián que la duda
En las puertas de la muerte!

Decid en estos altares
A aquellas cenizas frías,
Que muevan como otros días
A las masas populares;
Pedídes nuevos cantares,
Que narren dulces consejas,
Que hablen de ensueños y quejas....
¡Si en el aire en que se mecen
Ni los *naranjos* florecen
Ni susurran las *abejas*!

Salió de su patria un día
Lleno de amor y de gloria,
A ver de bulto la historia
Que cual nadie conocía.
Una tristeza sombría
Empañaba su ilusión

Y nos dijo en su afición
Entre amorosos consejos
¿Qué importa que vaya lejos
Si os llevo en mi corazón?

Ausentóse, llegó á España,
Y con hondo desconsuelo
Buscó el azul de este cielo
Y el aire de su montaña.
Nacido en una cabaña
Odió blasones y escudos,
Crecido entre golpes rudos
Y entre angustiosos afanes
Suspiró por sus volcanes
Y por sus indios desnudos.

Él, que nunca había llorado
Por México allí lloró....
El, que nunca se abatió
Vivió allí triste y turbado....
Abatido y con tristado,
Presa de dolor sin fin,
Por su nativo jardín
Perdió la dicha y la calma,
Pues tenía el cútis y el alma
Del bravo Guatimotzin.

Fué á Francia, y su corazón
Latió feliz, satisfecho;
Era la fé y el derecho
De la gran Revolución.
Nieto de la Convención
Que tantas glorias aduna
De su renombre en la cuna
Ella le dió fé y alientó....
Y fué en nuestro parlamento
Un Saint-Just en la tribuna.

Amó á la Francia por bella,
Por sus limpias tradiciones,
Porque todas sus pasiones
Identificó con ella.
Deja luminosa huella
En esa tierra de gloria;
Aman allí su memoria
Y aun su voz el pueblo escucha....

Él se llamaba: la lucha!
Francia se llama: Victoria!
Después... en amargo instante
Es ya tragedia el idilio;
Va y busca el sol de Virgilio,
El aire que aspiró el Dante.
Débil, triste, agonizante,
Padece en suelo extranjero
Y ya en su mirar postrero
Busca en regiones extrañas
El perfil de las montañas
De su Estado de Guerrero...!

En medio de su agonía
Osa al destino pedir,
Un plazo para morir
En tu suelo, patria mía,
La suerte adversa é impía
Tal ventura le negó....
En tierra extraña murió
Y en cenizas convertido
Hoy torna al suelo querido
Por que tanto suspiró!

Maestro: en esta ocasión....
Aunque leve polvo seas,
Quiero que surjas y veas
Cual te llora tu nación.
Si ya tus cenizas son
Polvo que dispersa el viento,
Tu elocuencia y tu talento
Son las inmortales huellas
Que prende cual dos estrellas
La patria en su firmamento.

La urna que veis allí
Cuando el tiempo haya corrido,
Podrá llegar al olvido
Cual pudo llegar aquí.
Mas di, filósofo, di:
¿Hasta al Genio el tiempo arrasa?
Es el Genio, sol que abrasa
Que alumbraba, anima y atrae....
¿Lo que es inmortal no cae!
¿Lo que es eterno no pasa!

7 de Junio del 1898.

Las Glorias de México.-21

EN MEMORIA DE PRIM Y DE FÉLIX DÍAZ

(Leída por su autor al inaugurarse en la Ciudad de México la
« Avenida del General Prim » el 28 de Julio de 1904)

I.

La alianza tripartita
britano-franco-española,
que en són de guerra llegóse
á las mexicanas costas,
se desbarató al influjo
de una voluntad heróica.

Las naves de Inglaterra
hácia sus puertos retornan
y las de España ya tienden
rumbo á la Habana sus proras.

Es Don Juan Prim, el osado,
quien tal maravilla logra;
es él quien resuelto dijo:
« Vale más volver con honra
que con una guerra injusta
manchar todas nuestras glorias ».

Y Lemen Wyke y Doulop
sus barcos vuelven á Europa;
y sólo Francia se queda
teniendo en tierra á sus tropas,
ya sin peligro en las sendas
que van á Jalapa y Córdoba.

Prim que en Orizaba tiene
á la Condesa su esposa,
culto y bella mexicana
á quien el guerrero adora,
« torno contigo, le dice,
que no he de dejarte sola,
y como tengo emboscadas
en Veracruz á mis tropas,
para caminar seguros
buscaremos una escolta ».

« Aquí estoy yo » — le interrumpe
con voluntad firme y pronta,
un jefe á quien Prim admira
por sus acciones heróicas.
Es Félix Díaz; se ofrece
á servirles de custodia
hasta que lleguen al puerto
do está la escuadra española.

« Acepto — contesta el Conde —
mañana á primera hora
partiremos..... »
— Estoy listo
y tengo en ello gran honra. —

II.

Y parten rayando el alba,
y no bien corren tres horas
cuando ven tropas francesas
tendidas sobre las lomas.
Divisan del campamento
las blancas tiendas de lona
y banderas que flamean
azules, blancas y rojas.
Y ven desprenderse un grupo
de dragones que galopan
hácia el rumbo que ellos siguen
en su marcha silenciosa;
y al verlos cerca, oyen claro
que gritan « ¡alto! » y asordan
los aires con las descargas
que sueltan á quemarropa.
Se estremece la Condesa;
Prim, demudado de cólera,
intenta saltar del coche
pero un cuerpo se lo estorba;
es Félix Díaz; que viendo
lo que pasa, se coloca
jinete en corcel airoso
al lado de la carroza,
y con su cuerpo y sus brazos
ancho antemural le forma.

« Nada temáis — dice Félix —
las balas que nos arrojan

son las primeras que insultan
á las mexicanas tropas.
Iba Prim á contestarle
cuando ya el paso les cortan
los cazadores franceses
que en derredor se amontonan.
«¿Qué queréis?—Prim les pregunta;
—Nada con vuestra persona,—
dice el que manda,—no supe
que eráis Vos, pero esta tropa
es mexicana y su jefe
sabemos bien que nos odia,
por ser el que más de cerca
por las montañas nos ronda,
y es hoy nuestro prisionero
y después... Dios le socorra!

—Este Jefe es un valiente,—
dice Prim, con voz sonora,
á punto que la Condesa
el hermoso rostro asoma
y agrega con voz tan dulce
que al Jefe galo emociona:
—«Es nuestro mejor amigo
y es el Jefe de mi escolta». —
«Con mi vida—Prim agrega—
escudo la suya propia,
y de mí disponed; antes
que tocar á su persona».

El jefe francés conoce
Al Conde; sabe la historia
de sus hechos militares
y le saluda, y coloca
en valla á sus cazadores
que pronto ven la carroza
partir veloz, escoltada
por las mexicanas tropas.

La portezuela escudando,
el bravo Félix galopa,
y así dice á la Condesa:
—«A no estar con vos ahora,
armo la de «Dios es Cristo»,
pero soy vuestra custodia

y me dáis en justo premio
La vida... gracias, señora».

III.

A Prim cortó la existencia
mano infame y alevosa,
y guarda sus nobles restos
régio túmulo en Atocha.
Allí la Duquesa Viuda
cual mexicana devota,
alzó un altar á la Virgen
que á su cuna diera sombra:
¡la Virgen de Guadalupe
que el sol indio besa y dora
y en el Tepeyac recuerda
la gruta de Covadonga!

Año tras año, en la fecha
imborrable y luctuosa
celebrábanse con fausto
unas funerarias honras,
que eran siempre presididas
por el General Corona,
de nuestra patria Ministro,
de nuestro Ejército joya;
entre los cirios ardientes
que el soberbio altar decoran,
ví dos, ornados con cintas
mexicanas y españolas;
y acerquéme á la Duquesa
que rezaba fervorosa:
«¿Qué hace allí—pregunté atento
nuestra bandera, señora?»
—«Año por año se encienden
esos cirios en memoria
y en sufragio, por el alma
de aquel Jefe de mi escolta,
tan resuelto, tan valiente,
tan leal y tan patriota
que tanto quiso á mi esposo
y que Dios tenga en su gloria».

LOS HÉROES-NIÑOS DE CHAPULTEPEC

(Poesía escrita para ser recitada por la Señorita María Rosales).

Voy á contar una escena
del mundo de *más allá*
que un alma sencilla y buena,
en una noche serena
reveló á un alma de acá:

« Escúchame atenta, hermana;
dí vida á un sér superior
en la tierra mexicana,
y de pronto, una mañana,
me ví en un mundo mejor.

« No cansaré tu memoria
poniéndome á relatar
una dilatada historia;
toca á Méjico, á su gloria,
lo que te voy á contar;

« Le pregunté á Dios un día,
de un fin noble yendo en paz,
lo que á su lado tenía
de la amada patria mía,
que fuese digno de Dios.

— « Mucho en mi reino se encierra
que de lo eterno á la faz
admira á los de la tierra;
así á los que están en guerra
como á los que están en paz.

« Tengo aquí sin nombres vanos,
bendecidos por mi amor,
niños, jóvenes, ancianos,
un mundo de mexicanos
dignos de eterno esplendor.

« Y asómbrate, sierva mía;
amaron tanto aquel suelo
que, nadie lo pensaría,
se enferman de nostalgia
por su patria, aquí, ¡en el cielo!
« Entre los que han merecido

ceñirse lauro inmortal,
hay un grupo bendecido
que es sin duda el preferido
en la mansión celestial.

« Son aquellos seis capullos,
seis esperanzas de ayer,
que entre maternos arrullos
murieron, á los murmullos
de un sangriento amanecer.

« Tú sabes que los armiños
sucumben sin consentir
que mancillen sus aliños,
y esos esforzados niños
así supieron morir.

« En sus puestos, resguardando
altivos el patrio honor,
y cuerpo á cuerpo luchando,
defendiendo y adorando
su bandera tricolor.

« Murieron... y su memoria
inmaculada, inmortal
en la mexicana historia,
brilla radiante de gloria
como estrella sin rival.

« Cada patria en su fortuna
héroes tiene de altos vuelos,
mas « *héroes niños* » ninguna:
en el mundo sólo hay una:
¡la de Hidalgo y de Morelos!

« Y esos niños, sierva mía,
en mi mansión soberana
gozan del eterno día,
y aún sienten la nostalgia
de su tierra mexicana. — »

Y Dios se dignó mostrar
el grupo de ellos, que invoca
hoy mi patria, en este altar:
¡Barrera, Ezcútia, Melgar
y Suárez y Montes de Oca!

Pronunció luego estos nombres
que ningún negro capuz
oscúrece y... no te asombres,
un himno alzaron los hombres,
hubo en los cielos más luz.

Y yo, cuyo afán se llena
con lo que gloria nos da,
vine en la noche serena
á contarte aquella escena
del mundo de « más allá ».

México, Septiembre de 1904.

À LA CAMPANA DE LA LIBERTAD ⁽¹⁾

Vedla sobre el Palacio suspendida;
De una vetusta torre fué arrancada
Donde al claro fulgor de la alborada
A un pueblo esclavo despertó á la vida.

Su voz de monte en monte repetida
En once años de lucha encarnizada,
Dió á la Nación la libertad soñada
Para ser grande, independiente, unida.

Campana augusta, todo mexicano
Lleno de gratitud, recuerda al verte
Al mártir inmortal; al noble anciano
Que haciéndote vibrar retó á la suerte,
Tornó al pueblo de siervo en soberano
Y por hacerlo libre halló la muerte.

México, 16 de Septiembre de 1904.

(1) La campana con que el inmortal cura Hidalgo convocó al pueblo para dar el grito de Independencia, en la madrugada del 16 de Septiembre de 1810, se trajo de la parroquia de Dolores Hidalgo, en cuya torre estuvo con el nombre de esquilón de San José, á la ciudad de México y hoy está suspendida sobre el balcón principal del Palacio del Poder Ejecutivo y allí la hace sonar á las once de la noche de cada 16 de Septiembre el Presidente de la República.

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
AL LECTOR	5
<i>Las Glorias de México</i>	11
Colón é Isabel	13
Hidalgo	19
Al Sr. Gral. D. Porfirio Díaz	20
La Victoria de Tampico	23
De marinero á trapista	26
Ni el nombre ni el oficio	30
La pierna de su Alteza	34
Recuerdos de un veterano	39
En Churubusco	50
Los fueros del valor	52
Riverita	57
Santos Degollado	59
Leandro Valle	61
Aquiles Collin	65
Terán y Maximiliano	68
Comonfort	72
Tomás Mejía	77
Xochiapulco	82
La Corte marcial	87
A media noche	92
La heroína del dolor	100
El prisionero de Papazindan	109
El Tordo	119
El canje de prisioneros (1. ^a parte). Los dos padres	122
» » (2. ^a parte). Belgas y mexicanos	130